

CAPÍTULO II

EL COMISARIO GENERAL DE ESPAÑA

1. *Su carácter y su crédito.—En la cabecera de Doña Juana la Loca*

El P. Nadal acababa de apreciar, en Lisboa, el mérito de Francisco. El 10 de Junio de 1554, le impuso, en nombre de San Ignacio, el cargo de Comisario general de las provincias de España y Portugal. Dos años después, había de extenderse esta jurisdicción á las provincias de las Indias occidentales y orientales, mejor dicho, á todas las misiones de la Compañía.

La provincia de Portugal era floreciente, aunque apenas repuesta de funestas divisiones; las tres provincias españolas (Castilla, Aragón y Andalucía) principiaban entonces; la de Andalucía no existía más que de nombre. Con atrevida decisión, que algunos juzgaron imprudente, abandonaba San Ignacio todo el porvenir de su Orden, en la Península, á un recién llegado, apenas instruído en sus nuevos deberes, invistiéndole de poderes extraordinarios y casi absolutos, con lo cual daba pruebas de rara perspicacia.

Pero contaba de tal modo Francisco con no ser ya nada; tan gran repugnancia le inspiraban los negocios, que la idea de gobernar hombres á los cuales se consideraba inferior,

le infundió un amargo sufrimiento. Diez años más tarde, escribía en su diario: «¡Hoy, décimo aniversario de la cruz que me impusieron en Tordesillas!» Pidió, por lo menos, que no le impusieran ni el título de Comisario, ni la cura de almas. Pero como aquel título y este cargo eran necesarios á su empleo, no tuvo más remedio que reconocerlo así y resignarse á llevarlos.

Entonces puso manos á la obra con el valor y sencillez en él habituales, hasta el punto de admirar á los que, engañados por su humildad, no le creían tan apto para el gobierno. «Ha aceptado fácilmente—escribíase—lo que su condición natural parecía no poder soportar; pero, indudablemente, toma el gobierno con el mismo gusto que la oración; esto prueba su obediencia. Puede decirse de él: *Quae prius nolebat tangere anima mea, nunc prae obedientia* ⁽¹⁾, *cibi mei sunt* ⁽²⁾.»

En realidad, aparecía de nuevo el virrey. Ocupaba su verdadero lugar, y aunque su experiencia de la vida religiosa era corta, y algo rudimentario el conocimiento de su institución, transformó, durante siete años de gobierno activísimo, las provincias que se le habían confiado.

Todo le servía: su nombre, su santidad, su ardiente iniciativa, su bondad. Nadie ponía en duda su santidad. El cardenal Silíceo, arzobispo de Toledo, siempre hostil á los Jesuitas,

(1) *Prae angustia*, decía Job., IV, 7.

(2) Lo que mi alma se negaba tomar, es ahora, por obediencia, mi alimento preferido.

había frecuentado el trato de San Francisco de Paula. «Me falta—confesaba—haber visto á Francisco de Asís; hubiera conocido á tres Santos Franciscos.» Pero celoso del crédito que la virtud de Borja procuraba á su Orden, acusaba á los Jesuitas de pasear por todas partes á su Santo, como se hace en los campos con las cabezas de los lobos que se han muerto.

Francisco era bueno, hasta el punto de reprochársele el serlo demasiado. La santidad no le arrebató nunca su carácter alegre. Pero los mismos que hubieran deseado más rigor en él, confesaban que Francisco había conseguido con su mansedumbre más de lo que otro hubiera ganado mostrándose severo. Con su humilde afabilidad reducía todos los corazones y los tenía en su mano.

No usaba de austeridad más que consigo mismo; ya superior, creyóse en el deber de aumentar la medida de sus penitencias. Sus maceraciones y abstinencias fueron tales, que se quejaron de ellas á San Ignacio. Siendo Borja virrey de Cataluña, envió á la duquesa de Medinasidonia uno de sus músicos, Melchor Marcos. Este, nombrado en 1554 maestro de capilla en Sevilla, se fué con su antiguo bienhechor. Francisco le recibió en la Compañía como hermano coadjutor, y hasta su muerte le conservó á su lado. San Ignacio ordenó á Francisco que obedeciera al hermano en todo lo referente á su salud. Francisco se sometió, pero Marcos tuvo siempre mucho que hacer para moderar las austeridades de su superior.

El 2 de Enero de 1554, el príncipe Juan,

hijo mayor de Juan III, murió en Lisboa. El 20 de Enero, su viuda, la princesa Juana, dió á luz al infante D. Sebastián. Poco después, la princesa, que no gustaba mucho de Lisboa, volvió á España. Del propio modo, su hermano Felipe partía, el 13 de Julio, para Inglaterra, en donde el 25 contraía matrimonio con la reina María Tudor. Su padre, el emperador, se hallaba en Alemania. Faltaba un regente para España, siempre privada de sus soberanos, y fué nombrada la princesa Juana.

El 9 de Junio, apenas llegada á Valladolid, llamó al P. Francisco, se puso bajo su dirección, le concedió un crédito sin límites y quiso aprender de él á gobernar bien. La princesa había hecho también voto de entrar en religión. En 1555 pidió conmutar este voto por el de obediencia á su director, y á pesar de su repugnancia, tuvo éste que consentir en ello.

La influencia de Borja sobre la regente fué muy pronto sordamente envidiada. Advirtiólo el Santo cuando Felipe II, en 1559, volvió á tomar el gobierno de España. Entonces se coligaron los envidiosos contra el consejero demasiado escuchado de la princesa, y tres años de hostilidad le hicieron pagar caro el tiempo de un favor que ofrecía, por lo demás, peligros de los que Borja desconfiaba. La Corte, á sus ojos, era *Egipto*: llegó á ella de mala gana, y no se aprovechó de su crédito más que para dar útiles consejos. Con esta acción discreta é inteligente, pudo la princesa gobernar con acierto y entregarse á la práctica de las más raras virtudes.

La conciencia del consejero estuvo, sin embargo, sometida á delicadas pruebas. Paulo IV era hostil á España. En 1556, retiró á la corona algunos derechos, que anteriormente había concedido, sobre los bienes eclesiásticos. Sostenido por numerosos teólogos, el Consejo Real trató de resistir; Borja aconsejó la sumisión y fué escuchado. El año precedente, se vió amenazado de la odiosa misión de promulgar desde el púlpito la excomuni6n contra el príncipe Felipe. Paulo IV renunció, felizmente, á su proyecto, gracias quizás á los ruegos de Borja; pero si las cartas apostólicas hubieran llegado á manos del religioso, era seguro que no hubiera dejado de cumplir su riguroso deber.

Entre tanto, la muerte cristiana de Doña Juana la Loca elevó á su más alto grado el crédito de que Borja gozaba en España. Hacía cerca de cuarenta años que la infortunada viuda de Felipe el Hermoso languidecía en Tordesillas, y hacía unos quince que su locura se traducía en horror por las cosas religiosas. Se la juzgaba poseída, y, muy humillada por esta situación, la corte de España hacía de ello gran misterio. Ya en 1552, y después en 1554, el príncipe Felipe había rogado á Borja que visitara á la Reina. «Únicamente vos—le decía—la habéis aliviado más en algunos días, que cien doctores y muchos médicos en cuarenta años.»

En el mes de Abril de 1554, volvió Borja á Tordesillas. No quiso hospedarse en casa de su hija Isabel, condesa de Lerma y dama de honor de la Reina, sino en el pequeño hospital

de *Mater Dei*. Visitó cada día, durante dos meses, á la soberana, y escuchó sus lamentaciones. Juana la Loca se creía rodeada de brujas. Borja hizo separar á las damas que disgustaban á la enferma, logró que recibiera el agua bendita y oyera misa, y calmó algo sus terrores, pero el mal estaba demasiado arraigado para que pudiese curarlo en seguida.

Al año siguiente, el 23 de Marzo, un correo lo llamó bruscamente; la reina Juana se moría. El 29 se hallaba Francisco á su cabecera. Como se prolongara la agonía, se retiró á Simancas, desde donde, el domingo de Ramos, 5 de Abril, fué llamado de nuevo. A su vista despertóse la razón de la Reina. Alegróse mucho de ver al Santo, aceptó sus consejos y le rogó que recitara el credo. Francisco empezó el símbolo de los Apóstoles, acompañándole la Reina, quien dijo al final: ¡*Amén!*

Semejante cambio sorprendió á todos. Francisco, que no contaba con él y que desconfiaba de sus luces, llamó, de Salamanca, al célebre dominico Domingo de Soto, para juzgar si la Reina podía recibir los sacramentos. Después de vacilaciones, que sólo explica su fe en una posesión, se dió á la enferma la extremaunción: sus vómitos le impidieron comulgar. El Viernes Santo, 12 de Abril de 1555, á las seis de la mañana, expiraba Juana la Loca. Sus últimas palabras fueron: «¡Jesús crucificado, sed conmigo!»

2. *El tiempo del favor: Fundaciones y conquistas*

España entera atribuyó el piadoso fin de la reina Juana á la santidad del P. Francisco. Príncipes y súbditos le testimoniaron una agradecida veneración, que, durante cuatro años, contribuyó á facilitarle todos los éxitos. Ya antes, le acogían en triunfo por todas partes sin que pudiera evitarlo. El año precedente, había estado en Alcalá. El rector de la Universidad, el clero y la nobleza le acogieron como un enviado de Dios, y tal número de visitas recibió, que durante siete días apenas pudo disponer de tiempo alguno para sus hermanos. Quiso un día asistir de incógnito á una lección; pero advertida su presencia, el rector, rodeado de profesores y estudiantes, penetró en la clase. Todos gritaban: ¡Es él! ¡Es él! El rector trató en vano de hacer sentar al P. Francisco en un sitio de honor que no se concedía ni á los infantes ni á los obispos. Por lo menos, el profesor Pascual Mancio, dominico, tomó el desquite, y así, después de algunas palabras de explicación teológica, emprendió el elogio de la vocación del duque de Gandía. Todo el auditorio tenía los ojos fijos en Francisco de Borja, cuyo aire de asombro aumentaba la común emoción.

A ejemplo de la Regente, muchos grandes buscaron la dirección del religioso. No quiso consagrarse exclusivamente á ninguno, sino que se entregó á todos, grandes y pequeños, y

su palabra y el espectáculo de su humildad y de su penitencia, convirtió á numerosos y grandes pecadores.

D. Gutierre Vargas de Carvajal, obispo de Plasencia, fué una de sus conquistas. Este prelado mundano y batallador capitaneaba en Plasencia el bando de los Carvajales, siempre armado contra otras facciones. Borja oró durante treinta días por el obispo. Carvajal hizo los ejercicios espirituales y cambió de vida: por medio de pregón público, pidió perdón á sus enemigos, y se ofreció á reparar sus yerros. Fundó en su pueblo una casa para la Compañía, y secundó desde entonces todas las empresas de Francisco.

La ermita de Oñate estaba demasiado lejos; Francisco, deseando hallar un retiro donde poder encerrarse de vez en cuando, visitó, cerca de Jarandilla, á dos leguas de Yuste, una nueva ermita dedicada á Santa Magdalena, que le ofrecía el conde de Oropesa. Pensaba vivir retirado en ella una parte del año, y descansar de sus fatigas por medio de tranquilas contemplaciones, pero arrastrado por sus trabajos, nunca gozó de la ermita de Yuste. Un cenobita más ilustre había de iluminar este rincón de la tierra, el cual, por extraña coincidencia, atrajo casi al mismo tiempo á Borja y á Carlos V.

Otra conquista espiritual iba á abrirle un abrigo mejor. D. Juan Molina de Mosquera, comendador de Santiago y regidor de Valladolid, detestaba de tal modo á los Jesuitas, que huía de las iglesias en donde corría peli-

gro de encontrarse con ellos. Había ofendida á tanta gente y provocado tantos odios, que salía siempre escoltado de arcabuceros y de guardias. Vió á Borja, y hasta tal punto le cautivó, que le invitó á su casa de Simancas, no lejos de Valladolid. Un hermano coadjutor acompañaba á Francisco; le llamaba *Padre Francisco* á secas y compartía su comida. Cierta día, al llegar el hermano á caballo, sin bajar de la silla, pidió desde lejos á Borja un castrillo, y Francisco fué á buscarlo. Mosquera, que había conocido en la Corte al marqués de Lombay, quedó anonadado; representósele la nada de la vanidad humana; de una hostilidad extremada, pasó á un amor absoluto por la Compañía; cedió á Francisco su gran casa de Simancas, y la dotó, lamentando—decía—no ser tan rico como el emperador, para poder dar mucho más.

En Valladolid se tiene este cambio por un milagro. Mosquera salía ya sin espada, y en la Corte pedía perdón á sus enemigos. Excepto una pequeña renta, repartió sus bienes en limosnas. En su casa de Simancas reservó únicamente algunas habitaciones, y retuvo como un privilegio un lugar en el refectorio común. El caballero convertido tenía fervores de novicio, y aun siendo comendador, servía á la mesa y fregaba la vajilla.

La Compañía no tenía aún, para sus novicios, casas de noviciado. Así, los ejercitaba sin método determinado, aquí y allá, en las ciudades en donde eran recibidos. Primeramente Borja tuvo la idea de agruparlos y for-

marlos, bajo la dirección de un profesor experimentado, durante uno ó dos años, en la práctica de las buenas virtudes. En 1554 reunió doce en Simancas, los cuales llegaron á treinta al final del año.

Simancas convirtiéndose en la ermita del P. Francisco. No podía sustraerse á las numerosas visitas, deseosas de aprender de él la santidad, y se consagraba sobre todo á la formación de los novicios, á quienes su ejemplo podía dispensar de otras lecciones, abandonándose también y casi sin medida á la penitencia y á la oración, que eran su descanso.

Dedicaba cinco ó seis horas á la oración—dicen los que allí le vieron;—después celebraba la misa en una capilla retirada. Permanecía una hora con el Santo Sacramento en la mano, vertiendo lágrimas, ó bien, desde el primer momento quedaba en éxtasis, siendo preciso tirarle de la casulla para que continuara. Un día empezó su misa á las diez, y á la hora de vísperas no la había terminado; empezó su comida á las tres ó á las cuatro de la tarde, y al presentarle el primer plato, quedó en éxtasis. El H. Marcos le ordenó que saliera de él y comiera. Por la noche, le mandaba el hermano que terminara sus oraciones y se acostara. Arrodiábase entonces y decía: «¡Un poco más de tiempo, H. Marcos, por el amor de Dios!»

Ninguna práctica de humildad le repugnaba. Llevaba á cuestras la carne comprada en la carnicería y en sus viajes dejaba que le faltara á la consideración debida todo el mundo. Nunca podía sufrir que se hiciese alusión á su pasado,

salvo cuando no se encontraba otro medio de hacer abrir las iglesias en donde contaba celebrar. Llamaba en tono de broma á esta concepción un recurso del brazo secular.

Cuando residía en Madrid, iba dos veces por semana al hospital de Antón Martín. Exhortaba á los enfermos, les ponía algunas limosnas debajo de la almohada y los lavaba por sí mismo. Cuidaba sobre todo á un enfermo muy contaminado, que le comunicaba su miseria. Advertido de ello respondió: «¡No importa!», y sacudió simplemente su manteo.

A uno que se admiraba de verle saborear un plato repugnante, le respondió un día: «¡Ah, si supierais lo que es el infierno!» A un gentilhomme, sorprendido de verle, en un viaje, tan poco solícito de su comodidad, le dijo: «Pero no carezco de nada, pues envío siempre delante de mí un furriel que me prepara un alojamiento á medida de mi deseo. Este furriel es la convicción de que mi verdadero lugar está en el infierno.» El furriel del P. Francisco llegó á ser proverbial en España.

Parecía que Dios comunicaba al humilde religioso una fuerza sobrehumana. En el hospital de Madrid hallábase una pobre, hacía algunos meses, con una pierna carcomida que iban á amputarle. Viendo un día pasar á Francisco, le llamó y le rogó que tocara su pierna enferma. «Esto no será nada, hermana mía,»—dijole Francisco.—Poco tiempo después curó la enferma. En Sevilla, un testigo que oía su misa sin conocerle, vió su rostro transfigurado al volverse para decir *Dominus vobiscum*.

Curó á la princesa regente aplicándole una reliquia de la verdadera cruz, y á su hija, la marquesa de Alcañices, después de haberle prometido no leer más novelas y evitar toda mundanalidad. Pronto se supo en España, que la oración del P. Francisco hacía prodigios.

Indudablemente, Dios concedió este crédito á su servidor, á fin de que pudiese completar rápidamente su obra, que consistía en desarrollar su Orden. En todas partes había bienhechores que le ofrecían casas, y en algunos años Borja inauguró doce fundaciones importantes.

La simpatía que despertaba su virtud valía á la Compañía una prosperidad que, ciertamente, sin él, no hubiera conocido. De aquí que el bienaventurado Juan de Ribera, patriarca de Valencia, pudiera escribir, en 1606, al Nuncio, al pedirle la canonización de Francisco: «Debemos reconocer que San Ignacio estuvo dotado de una gracia particular de Dios al dar principio á este santo Instituto, en interés universal de la Iglesia. Pero también debemos pensar que Dios concedió al P. Francisco otra gracia análoga para completar y conservar la obra de Ignacio. Principiar y acabar son asimismo dos obras de la mano de Dios, y la segunda es tan importante como la primera, si no más.»

Sumiso á los propósitos de Ignacio, iba Borja hacia delante, contando con que Dios le sostendría en sus múltiples empresas. «Admira á todos los que le ven—escribía uno en 1556.—No hay fatiga que le detenga, ni trabajo que le espante.» A todas partes llevaba el entu-

siasmo y el fervor. Con su habitual mansedumbre, concedía sin duda á algunos fundadores privilegios onerosos ó molestos; muchas veces también aceptaba casas de pocas rentas; pero la pobreza no espantaba á su espíritu animoso, antes bien sabía por experiencia que Dios le remediaba siempre.

Su celo no se restringía á los límites del reino. En 1554 y 1556, fundaba las misiones del Perú, México y Paraguay, preludiando de este modo el generoso apoyo que prestaría más tarde con más eficacia á las misiones lejanas.

Nadie, excepto San Ignacio, hizo más que él por el Colegio Romano, en el cual continuaba viendo, no la obra del duque de Gandía, sino el seminario del catolicismo.

La muerte de Julio III, el 23 de Marzo de 1555, privaba á este Colegio de un generoso bienhechor, y hasta el advenimiento de Gregorio XIII, la obra tan cara á San Ignacio sufrió serios peligros. Borja fué su sostén. Los apuros eran entonces muy grandes en España; soberanos y gentileshombres se hallaban muy cargados de deudas. Sin embargo, en 1555, mediante la aprobación de la princesa regente, envió Borja, tres Padres á recoger limosnas por Andalucía, Aragón y Castilla, y remitió además generosamente á Roma el patrimonio de los novicios que ofrecían cederlo al Colegio Romano. Sabedor, en 1556, que las deudas del Colegio se elevaban á seis ó siete mil ducados y que San Ignacio no sabía cómo alimentar á sus ochenta estudiantes, resolvió extinguir esta deuda, y desde 1554 á 1556, suministró

al Colegio Romano más de doce mil ducados.

Esta amplitud de alma tuvo contradictores. Reprochábase amargamente al P. Francisco de empobrecer á España y arrebatarle sus mejores súbditos, que Borja enviaba á estudiar á Roma. A su vuelta á España, Felipe II dió demasiada importancia á estos reproches, y la protección que Borja prestó á las obras romanas, será una de las quejas que le harán perder el favor del monarca.

*
*
*

El 31 de Julio de 1556, moría San Ignacio, y la Congregación general, encargada de elegir su sucesor, no pudo reunirse hasta el 28 de Junio de 1558. Ni Francisco de Borja, ni ninguno de los provinciales de España acudieron á ella, y las razones que dieron de esta abstención simultánea no parecen satisfactorias. ¿Quería Borja que la Congregación se hubiera reunido en España? ¿Temía, si iba á Roma, ser retenido allí y creado cardenal por Paulo IV? Sea de ello lo que fuere, lo cierto es que, por esta causa, tuvo una escena bastante viva con Nadal.

El Borja que nos presenta el diario de Jerónimo Nadal se parece muy poco al personaje convención que nos ofrecen las historias sistemáticamente retocadas. Un día que Francisco pasaba por Valladolid, se atropellaba la gente para verlo: «Me miran como á una bestia curiosa—dijo Francisco á su compañero.—Tienen razón. Si Dios no me hubiera encade-